

El despertar

El despertador suena a las siete en punto. Como me sé de memoria dónde está, lo paro de un manotazo, sin abrir los ojos. Y sigo durmiendo. Tengo un sueño: Salgo del colegio y corro al encuentro de mamá, que me espera, sonriente y con los brazos abiertos. Pero entonces oigo una voz que me dice: “Carlos, ¿no has oído el despertador? Son las siete pasadas. Tienes que levantarte para ir a la escuela.” “¿Quién eres?”, pregunto, aunque ya sé quién es. “Soy papá”, dice la voz. “Anda, levántate”. “Ya voy”, respondo, sin abrir los ojos, y sigo durmiendo. Vuelvo a soñar con mamá. Mamá es alta, morena, de piel muy fina y ojos castaños, como los míos. Y una voz sonora. Y una sonrisa maravillosa. Cuando sonrío, sobre todo cuando me sonrío, siento que me quiere, que me quiere mucho y tengo ganas de reír, pero también de llorar, no sé, es algo raro. En el sueño caminamos juntos por el parque, cogidos de la mano. Son las vacaciones. Luce el sol. Hace calor. Hay un vendedor de helados con un carrito. Mamá me mira y me dice: “¿Te gustaría un helado, Carlitos?” Y yo le digo: “No me llames Carlitos, mamá. El otro día dijiste que ya era todo un hombre”. Y mamá sonrío y me dice: “Es verdad, ya eres todo un hombre. Y me siento muy orgullosa de ti. ¿Te gustaría un helado, Carlos?” Y yo le digo que sí, porque cuando me llama así le digo a todo que sí y además el helado me apetece muchísimo. Y pido uno de dos bolas, una de vainilla y otra de chocolate, que son las que más me gustan. Y cuando estoy lamiéndolo oigo una voz chirriante que interrumpe mi sueño y que me grita: “¡Arriba, Carlitos! ¡Ya vale de dormir!” “¿Quién eres?, pregunto, sin abrir los ojos. “No disimules. Ya sabes quién soy. Soy Mónica, tu hermana. Venga, despierta, que ya

estamos todos levantados.” “Vale, Mónica, ya me levanto”, digo, y sin abrir los ojos me doy la vuelta y sigo durmiendo. Pero ella insiste con su voz aguda: “El desayuno ya está en la mesa. Si no te levantas, me comeré tus galletas.” “Sí, sí, ya voy”, le digo, sin abrir los ojos. Y en seguida vuelvo a soñar con mamá. La veo, con su sonrisa resplandeciente, sus dientes blancos, como los míos, cogiéndome en brazos, besándome en la mejilla y yo preguntándole al oído, en voz baja, para que no se entere mi hermano: “Di, mamá, ¿quién es tu niño preferido?” Y ella, también en un murmullo, al oído “Tú eres mi niño favorito, pero no se lo digas a nadie, ¿prometido?”. Y yo se lo prometo asintiendo enérgicamente con la cabeza. Y entonces, como si mi hermano se hubiera enterado, me llega su voz chillona y siento que me zarandea de mala manera: “Hey, tú, espabila, que el desayuno ya está en la mesa”. “¿Quién eres?, pregunto sin abrir los ojos, aunque sé de sobras quien es. “Soy Dany. Dice papá que te levantes de una vez. Que tienes que lavarte, que tienes que vestirte, que tienes que desayunar...” Dany es un pesado. Además, mientras habla de corrido me zarandea y tira de la sábana, a la que me agarro con fuerza. “...Que tienes que peinarte, que tienes que cepillarte los dientes, que tienes que ir al cole, que tienes...” “Ya me levanto”, le digo sin abrir los ojos. Y sigo durmiendo. Se está tan bien en la cama... Y sigo soñando, hasta que oigo una voz dulce y cálida que me dice: “Anda, Carlos, levántate, cariño, que tienes que ir al colegio y se hace tarde.” “¿Quién eres?, pregunto sin abrir los ojos, aunque sé muy bien quién es. “Soy mamá”, dice ella. Y entonces, me incorporo, sobresaltado, despertando de golpe. Hace ya dos meses que mamá murió en un accidente de tráfico.

